

Demanda ante La Haya: lo justo y por cuerdas separadas

Conforme a lo anunciado, el Estado Peruano cumplió con presentar la demanda ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya para hacer valer sus derechos de soberanía marítima en la zona sur, límite con Chile, en lo que constituye una oportuna y necesaria reivindicación histórica.

Al efecto, tenemos que destacar varias cosas. Ante todo, la solidez de la posición peruana, que cuenta con el apoyo unánime del Congreso—que ha nombrado una comisión de seguimiento—, del Acuerdo Nacional y de los voceros de los partidos políticos y las entidades más representativas del empresariado y la sociedad civil, que han entendido la necesidad de fijar una política de Estado, más allá del interés cortoplacista de algún grupo.

El amplio respaldo al equipo técnico que lidera el ex canciller Allan Wagner no puede ser, entonces, objeto de condicionamientos y, por el contrario, debe trascender a la vigencia de cualquier gobierno, pues se trata de un proceso que puede durar más de cinco años.

Luego, es positiva la cautela y ponderación

del Gobierno Peruano para encapsular el tema dentro del ámbito jurídico e histórico, sin afectar la agenda bilateral con Chile.

En momentos en que ambos países están empeñados en grandes esfuerzos de consolidación económica y son conscientes de

Es pernicioso eternizar una situación de fricción, cuando podemos ganar mucho con un futuro de cooperación e integración

lo mucho que pueden lograr con la integración bilateral, la política de cuerdas separadas resulta adecuada.

Es más, el canciller José Antonio García Belaunde ha señalado que el Perú continuará desarrollando tanto el mecanismo de confianza mutua denominado dos más dos, como el proceso de desminado de la frontera terrestre, lo que sería una demostración de buena voluntad.

Asimismo, como lo hemos sostenido reiteradamente, despierta expectativa la decisión del Gobierno Peruano de evitar

que un asunto tan delicado sea objeto de aprovechamiento político de grupos radicales, militaristas o ultranacionalistas, abanderados de posturas termocéfalas que solo buscan incrementar el río revuelto de la confrontación para sus protervos fines. Por ejemplo, el aliento de una irresponsable y onerosa carrera armamentista, que desvirtúa los presupuestos nacionales en desmedro de otras urgencias como la lucha contra la pobreza y la mejora de la salud y la educación.

Adicionalmente, el Perú ha dejado muy clara su posición en el sentido de que la resolución de este asunto solo compete a dos países hermanos. La cancillería ha puntualizado que este proceso judicial no tiene ninguna implicancia para el Ecuador, saliendo al frente de posiciones que pretenderían involucrar a un tercer país que no tiene nada que ver en el asunto. El Perú, como ya lo han reconocido nuestros voceros y los del país del norte, no tiene problemas limítrofes pendientes con Ecuador.

Para el Perú, en tanto, el Punto Concordia es fundamental para proyectar, en un trazo equidistante, las 200 millas de dominio

marítimo, mientras que Chile utiliza la línea del paralelo y argumenta que el límite territorial no está a orillas del mar, sino en el denominado Hito 1, unos 220 metros tierra adentro hacia el nordeste, lo que es una interpretación ciertamente arbitraria.

Agotados los esfuerzos para resolver el tema del diferendo marítimo del sur en el ámbito bilateral, el Perú no ha tenido más opción que acudir a la Corte de La Haya con un planteamiento pleno de argumentos históricos, jurídicos y doctrinarios que avallan su posición.

De lo que se trata finalmente es de fijar de modo claro y definitivo la frontera marítima, basados principalmente en el Tratado de 1929.

Esperamos que este ánimo objetivo, conciliador y pragmático sea compartido cada vez por más peruanos y chilenos, en el entendido de lo pernicioso que resultaría eternizar "una situación de fricción y mayor tensión" y, por contraste, de lo mucho que podemos ganar con un futuro de fructífera cooperación sin enojosos asuntos pendientes que perturban cualquier proyecto integrador. ■■

LOS RETOS DE CRISTINA FERNÁNDEZ DE KIRCHNER

Un futuro sin pasado

Tomás Eloy Martínez
Escritor



Tomás Eloy Martínez es el autor de "La novela de Perón", "Santa Evita" y "El vuelo de la reina".
© Tomás Eloy Martínez
Distribuido por The New York Times Syndicate. Exclusivo para el diario "El Comercio" en el Perú.

La frase ha sido atribuida a tantos personajes remotos que no se sabe ya si es una leyenda. Fue puesta en boca de Ificrates, un general ateniense del siglo IV aC; de Cicerón, de Voltaire y de por lo menos dos mariscales de Napoleón, Ney y Bernadotte. A una pregunta sobre su linaje, el interpellado responde: "La historia de mi familia empieza conmigo. La suya termina con usted".

Cristina Fernández de Kirchner no la repitió en su primer discurso como presidenta ante la Asamblea Legislativa, el 10 de diciembre, pero el eco de esa frase resonó en el dibujo que hizo del país que gobierna desde entonces. En sus palabras, el pasado sin sosiego de la Argentina se pierde en una prehistoria que culmina con la crisis de diciembre del 2001. Después empezaría la historia: la construcción de las estructuras que ha dejado su antecesor y marido, Néstor Kirchner.

Como él, Cristina depositó el bastón de mando en manos de Florencia, la hija menor, antes de tomar juramento a los ministros. No es ese el único gesto que los asemeja. En su exposición, los observadores imparciales han vislumbrado los signos de continuidad anticipados hasta la extenuación en la campaña electoral.

La presidenta a la que votó el 45,29% de los argentinos marcó el punto de partida de esa historia al destacar que asumía en condiciones muy diferentes a las de hace cuatro años, cuando su marido fue el primer mandatario elegido—por una mayoría ínfima e inestable—luego de la renuncia de Fernando de la Rúa y sus cuatro sucesores interinos.

"El presidente que está sentado a mi lado cambió en estos cuatro años y medio ese escenario", dijo.

La sociedad—recuérdese—yacía entonces en un abismo sin fondo, desengañada de los políticos, a los que exigía una retirada sin regreso; la economía estaba sumida en el desconcierto, erosionada por el "default".

Al definir las líneas básicas de su gobierno, Cristina Kirchner manifestó preocupación por "la calidad institucional", un tema que inauguró el marido al renovar la desprestigiada Corte Suprema en la segunda semana de su mandato y que dejó pendiente en puntos claves como la prometida



ILUSTRACIÓN: CLAUDIA GASTALDO

“Las escuelas están devastadas, en ruinas, y la Argentina ha dejado de exportar cultura, como hace medio siglo”

reforma política, a la que aludió la presidenta solo indirectamente en su discurso inaugural.

"Ese es el país que tenemos que reconstruir los argentinos, reconociéndonos, en nuevos instrumentos y en nuevas políticas", declaró.

El Frente por la Victoria que la llevó a la primera magistratura es, sin embargo, un ejemplo de las dificultades nacionales para crear nuevas políticas. Ese desprendimiento del peronismo—un movimiento en el cual, desde sus orígenes como Partido Laborista, pesaron más los nombres que la estructura partidaria democrática—suma préstamos sin otra explicación que los réditos electorales, como el del vicepresidente Julio

Cobos, quien proviene de la debilitada Unión Cívica Radical.

La ausencia en la ceremonia de asunción de los anteriores jefes de Estado—Raúl Alfonsín, Carlos Menem, Fernando de la Rúa, Eduardo Duhalde—indica que las aguas del Frente para la Victoria no se mezclan con afluentes extraños, a menos que esos afluentes aumenten su caudal.

Son nombres y no ideas los que han prevalecido en las últimas décadas de una democracia que ya nadie discute. Descoloridas por el tiempo las veinte verdades del peronismo, que postulaban un tosco programa de gobierno, lo que sobrevive ahora del viejo tronco plantado por Perón, el general fundador, es solo un tejido que asume diferentes formas según las alianzas de los caudillos: Carlos Menem en el noroeste y en Cuyo, Duhalde en la poderosa provincia de Buenos Aires, Kirchner en la Patagonia.

Nombres y no estructuras partidarias con base y dirigentes organizan las cuatro escasas estaciones del pasado en las que se detuvo la presidenta. Tres nombres del siglo XIX: Mariano Moreno, José

de San Martín y Manuel Belgrano, figuras de la revolución y de las guerras por la independencia de España. Y uno del siglo XX, la figura mitológica del peronismo.

Gobernar el país "me va a costar más porque soy mujer", dijo Cristina Kirchner. Su guía será "el ejemplo de Eva Perón, que quizá hubiera merecido esto más que yo".

La Argentina es una democracia sin partidos. Tras décadas de proscripciones, dictaduras y fracasos económicos, que naturalizaron la debilidad política y la desconfianza en la justicia, los argentinos parecen haberse conformado con una cuota mínima de institucionalidad.

A diferencia de otras democracias, en las que los ciudadanos eligen en los comicios a representantes que deben rendir todos los días cuentas de sus promesas, en Argentina votar es un acto de delegación que se ejerce cada dos años. Tal vez el mayor compromiso con la política internacional que parece mostrar la nueva mandataria contribuya a que eso cambie.

Por lo pronto, tiene claro que necesita resultados concretos en el Mercosur y el aporte de capitales

extranjeros más allá de la ayuda siempre costosa del presidente venezolano, Hugo Chávez. "Un mundo unilateral es un mundo inseguro e injusto", dijo.

Con una inflación real que según los economistas supera el doble del 9% oficial, y que golpea sobre todo a los sectores de ingresos menores, era necesario que en su primer mensaje la presidenta mencionase el desafío de mantener el crecimiento. "Mientras haya un pobre en la patria no habrá victoria definitiva", dijo, y en la idea de movilidad social unió la economía con la educación.

Insistió en su empeño por fortalecer la escuela pública porque constituye un instrumento para que hijos de trabajadores lleguen a la presidencia. Acaso hablaba de ella, de su infancia en un hogar de clase media en los suburbios de La Plata, en la provincia de Buenos Aires, donde comenzó su militancia juvenil: "Mi esposo y yo somos hijos de la escuela y de la universidad públicas. Pero aquella educación que nosotros recibimos no es la de hoy".

Tiene razón: las escuelas están

devastadas, en ruinas, y la Argentina ha dejado de exportar cultura, como hace medio siglo. Exporta técnicos e intelectuales brillantes, pero no ideas ni los instrumentos que hacen posibles esas ideas.

Ificrates era hijo de un zapatero. Lo que dijo sobre el linaje—si fue él quien lo dijo—expresa un profundo desdén por el pasado y una confianza impetuosa para cambiar el futuro. Dos mil cuatrocientos años más tarde no es necesario abolir el pasado para que los hijos de zapateros, que son ciudadanos hijos de ciudadanos, puedan ocupar el sillón presidencial.

En el pasado están los errores intolerables que no se pueden volver a cometer, las tragedias que han dejado marcas indelebles, los caminos que condujeron a callejones sin salida. No hay futuro sin pasado. El vacío ocupó el horizonte solo una vez, en 1516, cuando la Argentina era inhóspita y ni siquiera tenía nombre. Ahora no. El pasado es tan fértil en lecciones que cualquier futuro es mejor, a condición de que no se olvide ni se niegue que la realidad empezó hace mucho más de cuatro años y medio. ■■